

Anouk Markovits

# LAS HIJAS DE ZALMAN

Traducción del inglés de  
Magdalena Palmer



Título original: *I am forbidden*

Ilustración de la cubierta: Carla van de Puttelaar

Copyright © Anouk Markovits, 2012

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2014

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Los personajes y situaciones que aparecen en esta obra son ficticios.  
Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-574-8

Depósito legal: B-5.284-2014

1ª edición, marzo de 2014

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

*A Larry Berger*



Estoy prohibida, como mis hijos y los hijos de mis hijos,  
Prohibidos durante diez generaciones, sean hombre o mujer.

Desde que lo descubrí, todas las noches he estudiado la emisión de simiente como sus libros dicen que ocurre, como los nuestros dicen que no debe ocurrir.

El pergamino de la Ley antes fue piel, el hilo fue tendón,  
antes la pluma voló...

Dime, pergamino de fuego, cómo se aprende a estar ya escrito.

Dime, pergamino de cenizas, cómo se vuelve a empezar.



# LIBRO I





1939

## Satmar, Transilvania

Ligeros, rápidos, los talones de Zalman golpeteaban el suelo mientras corría desnudo por la nave central de la Casa de Oración. Alargó un brazo hacia la Torá del altar, pero el manto bordado que la envolvía resbaló y cayó fuera de su vista. La Torá se desenrolló, mostrando un pasaje que él no había memorizado. Allí, acostada sobre la negra escritura asiria, con las largas trenzas sueltas, estaba Rachel Landau, la prometida de su compañero de estudios. Sus oscuros ojos sonrieron a Zalman. Él corrió hacia ella, las caderas subían y bajaban envolviendo el calor de su *amá...*

Zalman se despertó con el muslo pringado de una húmeda calidez. Permaneció tumbado, inmóvil, mientras los textos que tan bien conocía se abatían sobre él: «Vosotros, que ardéis de lujuria entre las encinas... que sacrificáis a los hijos en los valles... No, no leáis *shojatey*, que sacrificáis, sino *sojatey*, que hacéis fluir. El rabino Yohanan dice: Quien emite simiente en vano merece la muerte.» Zalman tiró del cinturón que le ataba las muñecas. Si sus compañeros de habitación no hubieran estado presentes, se habría golpeado el pecho siguiendo el precepto «Enojaos, pero no pequéis».

Apoyó la hebilla contra la almohada para que no tintinease en la cabecera de latón. Liberó una muñeca, después la otra. Había tomado la precaución de maniatarse, aunque ni la Ley ni la costumbre se lo ordenaban. Desató la cuerda que le sujetaba el tobillo a los pies de la cama y le impedía ponerse boca abajo, restregarse involuntariamente mientras dormía. Alargó un brazo hacia el recipiente de agua. El pijama húmedo se le pegó a la entrepierna.

«Señor del universo, lo he hecho contra mi voluntad.»

Apartó la sábana.

«Toda cama en que se acostare quien tuviere flujo será impura.»

Se escabulló escaleras abajo, al pasaje oscuro y estrecho donde cada rendija de los postigos cerrados era una acusación. En el desierto, lo habrían expulsado del Tabernáculo y del campamento de los levitas.

Empujó la puerta baja del baño ritual. Se sumergiría tres veces y entonces le estaría permitido estudiar los libros sagrados ese mismo día, «renacido tras la tercera inmersión».

Se desvistió. Sintió el agua como un pellizco en las pantorrillas, los muslos; el frío le encogió la *amá*. Extendió los brazos y se hundió, asegurándose de sumergir sus largos tirabuzones.

Todo había sucedido mientras dormía, razonó Zalman. Sabía que jamás había corrido desnudo delante de una mujer, pero era culpable en otros aspectos y el Señor lo castigaba; seguramente aquellos sueños no visitaban a sus compañeros de estudios.

Tendría que haber huido en cuanto vio a Gershon con el puntero y el tomo del Talmud, en cuanto vio a los estudiantes reunidos. La punta metálica había quedado suspendida

sobre una línea del texto, sin rozar las letras sagradas, para luego detenerse encima de la palabra «padre».

—¿Nu, Zalman? —lo habían puesto a prueba los estudiantes.

Él no se resistió.

—«Contienda.»

Gershon había sostenido en alto la página del pesado tratado y todas las cabezas se habían inclinado para comprobar qué palabra ocupaba el dorso de la página, exactamente donde señalaba el puntero: «Contienda.»

El puntero ya se cernía sobre otra palabra:

—¿Dos páginas más adelante, Zalman?

Tendría que haberlo llamado vanidad y rechazarlo, pero sabía qué palabra señalaba el puntero en esa página.

—«Mirad.»

Sólo cuando el puntero quedó suspendido por tercera vez puso fin a aquel acto de engreimiento; sin embargo, pese a alejarse apresuradamente, había disfrutado de los reverentes susurros de sus compañeros.

La cabeza de Zalman afloró a la superficie para tomar aire; después se sumergió por segunda vez, adentrándose todavía más en su pasado.

Ezra, el vendedor ambulante, le gritó:

—¿Tienes seis años y puedes nombrar los descendientes de Adán hasta el rey David? ¿Cómo se llamaba el duodécimo descendiente de Adán?

—Arfaxad.

—¿Y el vigesimoquinto?

—Amram.

—¡Es cierto, el chico Stern es un *ilui*, un prodigio de la Torá!

Zalman no había aprendido modestia. Pronunció el vigesimosexto nombre y el vigesimoséptimo como si el don del Señor fuese una hazaña personal.

Zalman tomó aire por segunda vez y se sumergió una tercera en el agua.

Las palabras de su padre atronaron:

—¿Tiene cinco años y nuestro hijo prefiere el juego al estudio?

Cuando el maestro había salido del aula, Zalman se había levantado con los otros niños para lanzar nueces, a ver cuál se aproximaba más a la pared.

La preocupación de su padre; el silencio de su madre.

Zalman se hundió hasta el fondo de la bañera y cumplió tres años, era un niño con toda una serie de obligaciones infantiles; su padre le afeitó la cabeza, dejando dos tirabuzones a los lados. Luego empezó a ascender a la superficie y tenía dos años, pronunciaba sus primeras palabras, llovían pasas y almendras del Cielo. Cumplió un año y lamió letras hebreas bañadas en miel mientras su madre lo colmaba de besos. Salió del agua.

«Renacido.»

Ahora podría llevar sus filacterias, ahora podría suplicar al Señor: «Recuerda el sacrificio de Isaac y Tu promesa a Abraham. En su nombre, no en el mío, somete, destruye, erradica los *lilín* generados por esas gotas que me abandonaron en vano...»

El Señor escuchó su súplica. No se produjeron poluciones nocturnas durante los Días de Arrepentimiento que llevaron al Día del Perdón, ni del Día del Perdón a la Fiesta de

los Tabernáculos. De nuevo Zalman pudo mirar a los hombres a los ojos. En la noche del Festival de la Ley, Simjat Torá, Zalman bailó. Nunca había sentido Su presencia con tal inmediatez.

Hasta el anochecer de la víspera, los *jasidim* hablaron del avance de Hitler y de Stalin de que daban noticia los periódicos, discutieron sobre la caída de Varsovia diez días antes y la división de Polonia; pero, en Simjat Torá, los *jasidim* bailaron. Alzaron el brazo derecho, lo flexionaron una y otra vez, batieron el aire que envolvía el rollo de pergamino que envolvía sus vidas. Cada vuelta impulsaba sus cuerpos más cerca de sus almas.

El rebe mecía la cabeza a un lado y otro, dirigiendo la danza. Con los ojos cerrados, veía maravillas que no podían expresarse con palabras. Cuando brincó, el corazón de toda la congregación dio un vuelco.

—*Shadai! Mélej! Nétsaj!* —gritó el rebe.

El corro se detuvo y los *jasidim* se estremecieron al elevarse los nombres del Señor sobre sus cabezas.

—*Ay yai yai!* —gritó el rebe.

—*Ay yai yai yai!* —respondieron sus *jasidim*.

Cantaron canción tras canción, tararearon melodías no limitadas por palabras ni significados; sus tirabuzones eran arroyos plateados que serpenteaban ante el Cielo, cuyas puertas, sin duda, se abrirían esa noche en la séptima vuelta.

El ayudante susurró al oído del rebe, que asintió.

—¡Zalman Stern cantará *Adir Kevodó!* —anunció el ayudante.

Era un gran honor entonar un himno en la corte del rebe, una inmensa distinción para un joven soltero; y Zalman tenía no sólo un conocimiento prodigioso de la Torá, sino también la voz más hermosa de todo el este de Viena.

—¡Chist! ¡Silencio!

La voz concentrada de Zalman se elevó desde el estómago, como le había enseñado su padre, el cantor de Temesvar. «Espléndida es Su gloria...»

Las notas se hundieron en las profundidades y luego ascendieron, espoleando el anhelo de los hombres de liberarse de sus cuerpos. Cuando los demás se unieron en el estribillo, se sobresaltaron al escuchar sus indisciplinadas modulaciones sobre el tono perfecto.

Entonces volvió a oírse la voz de Zalman.

Todos siguieron en silencio mucho después de que la última nota se hubiese alargado y apagado, hasta que el rebe exclamó:

—*Ay mamale ay!*

Se volcaron en el baile; los muchachos, los hombres en la flor de la vida y los ancianos de barbas canas abrazaron los rollos de la Torá y brincaron en el círculo que fundía su pasado con su futuro; enlazados por sus tirabuzones, giraron de regreso a «En el Principio».

Rayaba el alba cuando los hombres salieron de la sinagoga.

Zalman Stern y Gershon Heller, su compañero de estudios, se marcharon juntos. Ambos jóvenes caminaban mostrando respeto por la presencia del Señor: sin demasiado orgullo, con los hombros hacia atrás y sacando la barbilla, sin inclinarse. Sus pasos tamborileaban en la niebla. Se separaron antes de llegar a la Piața Libertății y Zalman entró solo en el gran espacio abierto. Aunque unas franjas de neblina envolvían las fachadas, vio gemas resplandecientes: si en Simjat Torá la danza era semejante a la oración, si en Simjat Torá los ángeles recogían cada paso bailado por cada judío y tejían coronas con ellos, entonces el esplendor del Señor, esa mañana...

Algo le tiró con fuerza del cuello del abrigo desde atrás.

Un sordo desgarró. Un tintineo cada vez más débil, el de un botón que rebotaba en los adoquines.

Soldados.

Un tirón en la manga de Zalman. Dos botones más saltaron.

El cañón de un arma le levantó el sombrero. Zalman se llevó una mano a la cabeza.

Un golpe seco en los dedos. Retiró la mano, pero no sin haberse tocado la kipá para asegurarse de que seguía en su sitio.

El cañón apuntó al suelo.

—¡Recógelo!

Zalman recogió el sombrero y lo sostuvo con ambas manos, dudando si debía ponérselo de nuevo.

Unas botas de cuero negro se acercaron. Dos dedos de cuero pellizcaron el sombrero y lo levantaron despacio. La palma de una mano lo aplastó contra el cráneo de Zalman. Las botas retrocedieron.

Una bayoneta lo apuntó en el vientre.

Zalman cerró los ojos. Si iba a morir, entonces que lo dejaran ir a la muerte como el rabino Akiva, pronunciando la palabra «Uno». Como los mártires antes que él, entonó: «Escucha, oh Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es...»

—Uno, dos, tres. ¡Quietos! —ordenó una voz delante de él.

Chasquido, destello.

Zalman, encorvado, miraba el suelo con el abrigo desabrochado y el sombrero aplastado contra la frente, rodeado de soldados que posaban triunfales.

—Bien, una más. ¡No os mováis! —se oyó decir a la misma voz.

Chasquido, destello.

Los soldados bajaron los rifles, el fotógrafo plegó el trípode y el pelotón se internó en la neblina que todavía cubría las fachadas de la Piața Libertății.

Zalman abrió los ojos, asombrado. Lo embargó un júbilo inmenso.

Había estado dispuesto, dispuesto a morir en el nombre del Señor.

•

Al cabo de unos meses, Zalman Stern se casó con Hannah Leah Shaïovits y jamás tuvo ya sueños culpables. Emitió su simiente como estaba prescrito y engendró su primera hija, a la que llamó Eydell Atara: Eydell en memoria de la madre de su madre; Atara por las coronas que había visto la mañana que se le perdonó la vida.

La historia de la fotografía fue la única que Zalman contaría a sus hijos de los infotografiables cinco años que siguieron.